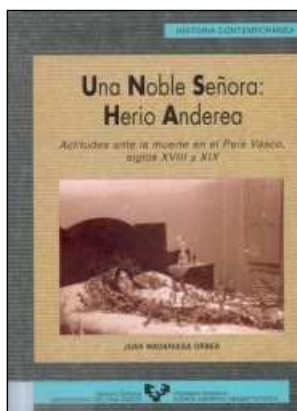


III. Los estudios sobre las variables económicas; sobre migraciones de la población; el impacto de la revolución de los precios; la evolución de rentas de la tierra y de la fiscalidad estatal; el reparto de las contribuciones directas; y los precios de las manufacturas siderúrgicas armamentísticas; especialmente referidos a la primera época moderna completan la panorámica que presenta el libro.

El epílogo de Emiliano Fernández de Pinedo lo completa integrando los cambios políticos, institucionales, fiscales, económicos y sociales en una explicación conjunta sobre la universalización de hidalguía y sus repercusiones en la monarquía hispánica. En su conjunto la obra no se limita a presentar un actualizado estado de la cuestión, concluyente sobre un tema monográfico, sino que además pone de manifiesto la renovada vitalidad de la historiografía vasca, que sabe esforzarse por superar las dificultades de coordinar estudios interdisciplinarios, obligándose a concurrir y compartir experiencias y conocimientos en un espacio común de encuentro y discusión.

Rafael Narbona Vizcaíno



MADARIAGA ORBEA, Juan

Una noble señora: herio anderea. Actitudes ante la muerte en el País Vasco, siglos XVIII y XIX. – Bilbao : Servicio Editorial. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 1998.– 467 p. : il. ; 23 cm. – (Historia). – ISBN: 84-8373-033-2

No es nuevo el interés de los historiadores por las actitudes ante la muerte a lo largo de los siglos. Los conocidos trabajos de Ariès y Vovelle, entre otros muchos, en la órbita de la “historia de las mentalidades”, llegaron a España gracias a las «I y II Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas», celebradas en Santiago de Compostela en 1973 y 1982 respectivamente. De entre estas aportaciones, fue el enfoque cuantitativo aplicado por Vovelle en sus trabajos el que contó con un mayor predicamento entre historiadores de la talla de Barreiro, García Cárcel, González Lopo o Molas Ribalta, y en los posteriores estudios que se hicieron sobre Cádiz, Toledo, Oviedo Málaga, Sevilla, Mataró, Extremadura, Murcia, Zamora, Castilla etc. centrados, sobre todo, en el siglo XVIII. Interés que ha quedado reflejado en un buen número de cursos (Sevilla, 1986), Congresos (Zaragoza, 1990), y monográficos de revistas especializadas (v.g. Revista de Historia Moderna, 1998-99), y que se pone de manifiesto en los varios estados de la cuestión que han aparecido hasta el momento sobre el tema, como los de Máximo García Fernández (1990, 1995 ó 1996) y Fernando Martínez Gil (1993).

Lamentablemente el País Vasco carecía de trabajos similares. Contábamos con algún estudio sociológico –de William A. Douglass sobre Murélagua (1973)–, y, en especial, con la magnífica contribución de un buen número de investigaciones etnográficas realizadas desde comienzos del siglo XX, por Bonificacio de Echegaray, Resurrección M^a de Azkue, Julio Caro Baroja y, sobre todo, el trabajo de campo que, iniciado por D. José Miguel de

Barandiarán, han continuado hasta nuestros días gracias a las encuestas realizadas por los grupos ETNIKER, cuya labor ha quedado reflejada y sintetizada en el monumental *Ritos funerarios en Vasconia* (Bilbao, 1995), dentro de esa ambiciosa obra, de referencia obligada para los historiadores, que es el *Atlas Etnográfico de Vasconia*.

No obstante su valor y mérito, la mayor parte de estos trabajos, centrados casi en exclusiva en el mundo ritual de todo lo que rodeaba al hecho en sí de la muerte, apenas si han prestado atención al estudio del cambio en las actitudes de las provincias vascas y Navarra, un cambio que, como mucho, es considerado por estos etnógrafos, producto de las “transiciones contemporáneas” y, en especial, las reformas de los sesenta introducidas por el Concilio Vaticano II, pues, al parecer, consideran “lo inmutable” como característica propia de los tiempos pasados.

Afortunadamente no es este el caso de la obra de Madariaga, fruto de su tesis doctoral, dirigida por el Dr. Juan Pablo Fusi y defendida en la Univesidad del País Vasco en 1990. En sus páginas el autor ambiciona estudiar “el juego de actitudes mentales que opera sobre algunas de las situaciones vitales cenitales del hombre [...] y de determinar su evolución en el tiempo y su eventual sustitución final por un modelo mental distinto”. Para ello, el marco cronológico de su investigación, 1700-1850, cumple las expectativas del análisis diacrónico. Geográficamente limita su estudio a Oñate y su comarca, considerado por el autor como un ámbito espacial representativo para todo el País Vasco, y perfectamente adaptado a los modelos europeos occidentales.

En la tradición referida este trabajo se encuadra dentro de la metodología cuantitativista “vovelliana”, aunque, como veremos, tiene la virtud de considerar válido el análisis cualitativo de las fuentes, que lo acerca a otras perspectivas que contribuyen a introducir matices esclarecedores. De esta forma, usará de esa fuente excepcional que son los testamentos (536 útiles), pero también de las aportaciones, entre otras, de los sermonarios, de los libros sacramentales, y de los trabajos etnográficos de campo, a la manera del “método regresivo” propuesto en su día por Marc Bloch.

En un trabajo de este tipo se requiere de la demografía histórica para conocer “el impacto real” de la muerte. Así, según se revela en la obra, Oñate se caracterizaba por una altísima mortalidad infantil (200-250 por mil a finales del Setecientos), que provocaba según el autor, una insensibilidad hacia estas pérdidas –en la línea marcada por Ariès, hoy del todo superada, como se ha demostrado en la investigación de autores como Linda Pollock, y que el autor debiera revisar–; una mortalidad adulta que experimenta épocas de sobremortalidad (1759, 1790-96, 1810-15, 1833-41, 1853-56), coincidente con coyunturas bélicas y epidémicas analizadas con precisión (guerra contra la Convención, guerra carlista, cólera); y una esperanza de vida cercana a los 35 años. Todo lo cual se resume en un crecimiento de población moderado.

Utilizando el Censo de Floridablanca de 1787 y el general de 1860, examina la composición socio-profesional de la población (poco más de 2.000 habitantes), de donde se deduce que, hacia 1860, cerca de un 60% de la población estaba vinculada a la tierra (entre un 5 y 10% menos que en el siglo XVIII), fundamentalmente arrendatarios y jornaleros que habrían perdido su condición de pequeños propietarios por el deterioro económico de la primera mitad del XIX; de entre los propietarios (algo más de 200), apenas medio centenar pueden ser considerados terratenientes. Hay que añadir un importante porcentaje –10,52%– de población artesana, vinculada a las actividades siderúrgicas. A la que se suma una población eclesiástica cercana al 5% a finales del XVIII –importancia del cabildo, numerosos conventos–, que descendería al 1,4% a la altura de 1860.

Serán precisamente los propietarios de la tierra o los que viven de la renta de la tierra los principales protagonistas de la actividad testamentaria (casi los 2/3 de los testadores), como se muestra en el breve, pero revelador, estudio sociológico: testamentarios maduros o ancianos, casados (52,1%) o viudos (28,6%), hombres y mujeres por igual (52,7% hombres), más frecuentemente procedentes de ámbito rural (61%) y con unos niveles de analfabetismo cercanos al 70% de la población. Y en donde las motivaciones para testar evolucionan desde los motivos religiosos, a las cada vez más frecuentes razones económicas y materiales. Los albaceas eran casi siempre familiares del testador (una media del 70%), y lo herederos, en su mayor parte, los propios hijos.

Conocido el perfil de la sociedad objeto de estudio, ¿qué datos avalan las transformaciones en la forma de enfrentarse a la muerte de los vascos entre 1700 y 1850? Para ello Madariaga va utilizar diferentes variables repartidas a lo largo de tres periodos: 1700-1749, 1750-1799 y 1800-1849.

Al igual que en regiones como Asturias o Galicia, la costumbre de amortajar con hábito, parece poco frecuente o inexistente durante el siglo XVI, aumentando a lo largo del siglo XVII, y convirtiéndose en algo habitual (casi el 90%) a comienzos del siglo XVIII, provocando la desaparición de los sudarios blancos de lino de siglos anteriores. Un uso extendido en ambos sexos, y de forma similar en el medio rural y el urbano. Algo que llega a comparar con la encuesta del Ateneo de Madrid 1901, donde el uso del hábito todavía se practicaba. Sin embargo, es altamente ilustrativo el cambio de tendencia que se observa a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, cuando asistimos a una disminución considerable de petición de hábito franciscano en las mortajas, fundamentalmente entre los últimos años del reinado de Fernando VII y el inicio de la primera guerra carlista. Como también lo es el cambio del papel social de las cofradías y su importante función en los cortejos funerarios. Al igual que en caso del hábito, se hace evidente que el 82% de los testadores que solicitaban su presencia, lo hicieron antes de 1750, y que en el período de 1830-1850 el nivel de reclamantes había descendido al 2%, en especial por lo reiterados ataques que sufrieron dichas organizaciones a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII.

El enterramiento del cadáver –en camposantos adosados a iglesias y ermitas durante la Alta Edad Media, progresiva inhumación en el suelo interior de las iglesias a lo largo de la Baja Edad Media, generalización durante la Edad Moderna, y cuya organización es descrita con detalle en el apartado correspondiente– chocará a finales del siglo XVIII con el proceso de lo que el autor denomina con acierto “la higienización de la muerte” que dio lugar, gracias a la presión de médicos e ilustrados, a su traslado a cementerios fuera de las poblaciones. Cambio que, como narra Madariaga, originó protestas y resistencias en todo el País Vasco al igual que en el resto de España. De esta forma, en muchos pueblos, van a convivir hasta la década de los sesenta del siglo XX, una sepultura real, la del camposanto, y otra simbólica, la de la iglesia, sobre la que durante años mantuvieron el culto las mujeres de la casa. Una iniciativa, la del traslado, que no parece que contase con la connivencia de las elites –al menos no se nos advierte–, como ocurrió a finales del siglo XVIII en algunas ciudades andaluzas como Sevilla o Cádiz.

En cuanto a las diferentes fórmulas y mandas incluidas en las disposiciones testamentarias, la tendencia avala la evolución que experimentaron los casos ya citados. Así las invocaciones de intercesión y ayuda a la Virgen (la más solicitada) o a los Santos, sin que se aprecien grandes diferencias entre el mundo rural y el urbano, van a ir desapareciendo de las cláusulas en el último período estudiado. Las mandas pías –más habituales entre la población urbana– sufren un colapso a mediados del siglo XVIII, descendiendo su mención en los testamentos de cerca de un 60% en la primera mitad del siglo, a un 15% en la segunda, y a poco más del 1% en la primera mitad del XIX. Algo parecido ocurrió con los sufra-

gios: el número de los que no encargaban ningún sufragio aumentó considerablemente hacia mediados del siglo XIX (1700-1749, 98,95 de los testadores encargan misas; en 1750-1799, 51,76%; en 1800-1849, sólo un 14,39%). Proceso que también se observa en obras pías o fundaciones, capellanías, aniversarios, etc. O bien el gasto de funeración: su promedio fue bajando a lo largo del período: de un gasto medio de 231 rls. (1700-1749) a otro de 148 entre 1750 y 1799 y a 93 en el de 1800-1849.

Estos resultados, tan atractivos a la hora de estudiar el cambio, pierden su fuerza cuando Madariaga se adentra en lo que considera el discurso ideológico en torno a la muerte. Un discurso fundamentalmente eclesiástico, pues la relación moribundo-sacerdote (que después se convierte en moribundo-médico) es definida por el autor como una “sumisión absoluta ante el monopolizador de la muerte, y único conocedor de sus arcanos”. Un monopolio –estudiado en el capítulo 3– que nacia de la difusión de una doctrina plasmada en la trilogía cofesionario, misión y sermón, aunque sólo pondrá el acento este último. Para ello se detiene a analizar un buen número de sermonarios, de *Artes moriendi* que enseñaban a bien morir, que mostraban a los sacerdotes diferentes recursos para conseguir una buena actitud y disposición del moribundo hacia el Más Allá, a diferencia de la “mala muerte” sin sacramentos, sin arrepentimiento, “una verdadera desgracia religiosa y por extensión, social”. Pero esta breve exposición sabe a poco. Si bien resume muy bien los aspectos esenciales de la doctrina, desconocemos –aunque se intuye– si existió variación en la misma, o cuál fue su verdadero alcance, pues el contenido y las propuestas de las obras teóricas no se reproducen de manera mimética en la sociedad.

Por otra parte, para otros aspectos rituales que se estudian, las fuentes se convierten en apenas referencias aisladas. Unas carencias documentales que intentan ser subsanadas con datos etnográficos, a veces meras anécdotas de prácticas más o menos curiosas: algún dato aislado sobre los velatorios; la recurrente referencia a las plañideras; un interesante estudio –al que en su día prestó atención Echegaray– sobre los caminos funerarios (de nuevo la encuesta del Ateneo de Madrid de 1901, junto a testimonios orales y pervivencia de costumbres en los años sesenta); el toque de campanas..., y así otras menciones a los oficios funerales y su reflejo de las diferencias y de las jerarquías sociales, a las ofrendas de pan, vino o cera, etc.

Es por ello que, a pesar de su análisis diacrónico, sus continuos –y necesarios– guiños a la etnografía, y las no tan imprescindibles referencias al mundo clásico, dan la sensación de que se quiere transmitir, sin pretenderlo, una inmovilidad en las formas y en los fondos de tales rituales, que entra en contradicción con los objetivos propuestos, a no ser que se considere como una concesión necesaria a la erudición. Y esto, a pesar de que el autor se muestre “avisado del peligro que supone intentar detectar por doquier ‘permanencias’ o se refiera “la pretendida inmutabilidad e inercia de las ‘prácticas consuetudinarias’. Pero al parecer no se ha podido resistir a la tentación del tópico –al menos por un momento breve, pero desconcertante– de un País Vasco cuyas condiciones sociales, geográficas e históricas, le hacen pertenecer a ese mundo diferente de los “pueblos primitivos”, aunque esto conviva en la misma obra con el inteligente e imprescindible recurso de la historia comparada con el “estado español” y el resto de Europa que hace en la mayor parte de sus capítulos. Así, se asocia cierto culto grecorromano de derramar leche y vino sobre las tumbas, con la costumbre de verter vino y beberlo que consta en determinadas encuestas de principios del siglo XX; o se relaciona el banquete funeral con la *libatio* clásica, o con testimonios etnográficos de la Rusia y la Inglaterra contemporáneas, sin demasiado acierto.

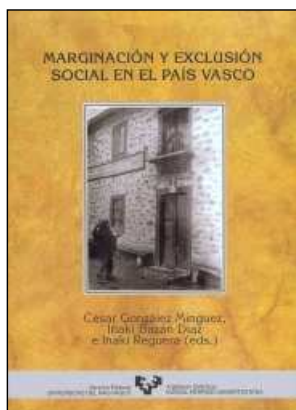
A lamentar también, que esta magnífica aportación a la historia social, no haya contado con una edición más acertada, de la que probablemente sea ajena el autor, y cuyo peso

recae en la editorial responsable: me refiero a la inclusión de una relación bibliográfica actualizada –sólo aparece en nota al pie, y no incluye las aportaciones que, al menos entre 1992 y 1997 se han hecho al menos en España, como las imprescindibles de García Fernández o Martínez Gil– o bien un útil índice de nombres propios y materias, imprescindible para la consulta de una obra de historia.

Estas pequeñas críticas, no obstante, no deben desmerecer en nada la magnífica investigación de la que el lector puede disfrutar entre sus manos. Una obra cuya conclusión demuestra una gran coherencia y equilibrio. Es, sobre todo, a partir de la década de los noventa del siglo XVIII, cuando la “coyuntura ‘feliz y equilibrada’” de años anteriores, con todas sus contradicciones, estalla entre 1790 y 1840: “Es el momento no sólo de las pérdidas poblacionales, del endeudamiento, de la crisis económica, de la profunda alteración del sistema de propiedad; es también el momento de la exacerbación de los conflictos, que de latentes pasan a manifiestos, entre múltiples actores: cabildos, conventos, burgueses recién enriquecidos, artesanos arruinados, arrendatarios en el límite de la subsistencia... Este contexto sirve de telón de fondo para escenificar la ruptura de las tradiciones en materia cultural y en nuestro caso en materia funeral”.

La simplificación del modelo funeral, los cambios en las formas de los enterramientos, la desaparición de las cofradías, la disminución de los encargos de misas, de obras pías, etc. ¿Fue resultado de un proceso de descristianización, a la manera descrita por Vovelle, o una interiorización y cambio en las formas de expresión religiosa, como propuso en su día Ariès? Madariaga llega a una muy inteligente y acertada solución intermedia: “Un nuevo tipo de piedad más fiada de los propios méritos y de las creencias básicas del cristianismo, más cristológica y menos mariana y santera, menos impregnada de elementos supersiticiosos, menos dada al boato y oropel, más personal e intimista. También es perceptible el desarrollo de un cierto descreimiento y espíritu laico. Por contra, los elementos populares de la funeración (ofrendas, caminos etc.), aún en decadencia, se resisten a desaparecer, se adecuan a los nuevos tiempos...”. En definitiva una investigación sólida, un libro en muchos momentos apasionante, un trabajo que abre nuevas perspectivas para el estudio y la comprensión de las transformaciones sociales y culturales de los años del período conocido como la crisis del Antiguo Régimen.

Jesús María Usunáriz Garayoa



MARGINACIÓN y exclusión social en el País Vasco
 César González Mínguez, Iñaki Bazán Díaz e Iñaki Reguera (eds.). – Bilbao : Servicio Editorial. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 1999. – 276 p. ; 23 cm. – (Historia Medieval). – ISBN: 84-8373-156-8

Los días 24 y 25 de noviembre de 1997 se celebró en Vitoria el V seminario de Historia de las Mentalidades, titulado: El mundo de los marginados en el País Vasco, celebrado en el